

Cuerpos y escrituras críticas. El género como pregunta

Nora Domínguez
(IIEGE, ILH, UBA)

Los ensayos que componen este *dossier* pueden considerarse dentro de un espacio disciplinar denominado “estudios de género”; un área de reflexión que tiene su historia, su contexto y un lenguaje propios. Es decir, un marco de referencias críticas y teóricas, importadas y locales, que no se caracterizan siempre por respetar tradiciones y genealogías sino por abrirlas y problematizarlas. La producción de este campo es numerosa y heterogénea: los resultados se muestran, en ocasiones, por decirlo rápidamente, desiguales, tímidos, aproximativos, a veces incluso esquemáticos, mientras que otros, por su especialización y por la agudeza de su competencia teórica y sus alcances políticos, se encuentran muy avanzados en relación con tal o cual estado del pensamiento y de su imaginación teórica.

Los estudios literarios y los estudios de género han sostenido desde el comienzo relaciones complicadas. Más que a un apunte descriptivo me refiero a una feliz conjunción ya que el juego de tensiones y paradojas entre ambos términos provocaron infinitas

rutas de análisis, movimientos y dispersión de sentidos, agitaron los estancamientos y rutinas disciplinares y sus previsibles lecturas.

Es cierto que toda apertura de saberes puede rápidamente doblegarse al ritmo de las demandas institucionales que tienden a neutralizar las impugnaciones a las normas y normativizar y homogeneizar las diferencias o trivializar los efectos políticos del uso de determinadas categorías y derivarlas hacia conclusiones apresuradas, tolerancias conservadoras y rápidas denuncias.¹

Los malos ejemplos de prácticas que adelgazan el espesor de los sentidos son habituales. Aunque lo mismo se comprueba en cualquier otra perspectiva crítica, lo notable, en este campo, es que las formas de la ceguera se replican en los modos de leer estos productos. La crítica de la crítica se indigna con lo que supone malos ejemplos, con los recorridos interpretativos que asumen la transparencia de los discursos o recurren a la literatura interesados más por la confirmación sociológica que por la apuesta estética – son todas conclusiones de dichas evaluaciones de los estudios de género en el campo literario– cuando en realidad en esa exasperación no hacen más que constatar sus propios presupuestos

¹ Al respecto señalan Silvia Delfino y Flavio Rapisardi cuando reflexionan sobre los estudios de género y sexualidad en nuestro país: “Uno de los problemas políticos de primer orden era el efecto de estas condiciones sobre la fetichización de la diversidad sexual como un tema de profesionalización individual, no sólo por la institucionalización acrítica de ámbitos de producción cultural o de “estudios de mujer”, gay, lésbicos, *queer*; sino también porque al focalizar el género o la identidad de géneros como objeto fetichizado, por un lado, se sostenían las formas de disciplinamiento de la tolerancia y el mero reconocimiento en la democracia neoconservadora y, por otro, se eliminaba la reflexión respecto de las condiciones de exclusión de los modos de organización colectiva” (Delfino-Rapisardi 2009: 6).

y sus recelos críticos. La amistad entre literatura y género ha demostrado que no tiene límites ni está perimetrada, aun cuando incluso durante su nacimiento se anunciaba su final.

La crítica de género es, según ha dicho Nelly Richard, crítica cultural y política, punto de intervención en la academia y fuera de las aulas, práctica discursiva que inscribe y se inscribe sobre los cuerpos. Toma partido sobre textos y lecturas, se hace preguntas puntuales sobre corpus específicos y no indaga los altercados del género como un relato que se autoabastece sino como una flexión que se ensancha mientras los ensancha.² Generada en el corazón de la teoría feminista, —como ella “articula un punto de vista sobre como la disimetría de la oposición sexual en tanto tecnología política compleja (Teresa de Lauretis)—, afecta en diagonal todos los campos de ordenamiento del sentido, de repartición del saber y de configuración de los mundos de experiencia y pensamiento que integran lo humano, lo social y lo político” (Richard 2009: 75-85).

En este sentido, a través de esta distribución de efectos (sobre los cuerpos, los discursos y sus sistemas de enunciación) y esta reconfiguración compleja de dimensiones (la del deseo, de la intimidad, de la imaginación) la teoría feminista y los estudios de género se han ocupado de manera central del problema del sujeto y de las identidades, sin abandonar ni desechar su articulación con la política, la biopolítica, el erotismo, la corporalidad o las colocaciones institucionales de una escritura o un proyecto intelectual.

² Ver Molloy (2000).

Por otro lado, como un diagrama de aristas encontradas y bifurcaciones diversas, la crítica de género moduló desde sus comienzos las ideas e imaginarios sobre el signo mujer o la potencialidad de un femenino que, desde lecturas posestructuralistas asume un estado de permanente transgresión o de mutaciones en devenires nómades. Ya sea porque se lo tomó como marca de identidad definitoria, como posición social e histórica de enunciación o como metáfora expropiada a las mujeres (sobre todo por los filósofos de la deconstrucción), es cierto que el par masculino/femenino y, entre estos términos y el orden de los cuerpos que se instala con la dicotomía, fue probando en cada contexto de emergencia distintos modos de leer.

Es así como los contornos de definición de lo femenino siempre fueron parte de un entramado complejo de ideas y percepciones, marcadamente heterogéneo en relación con los diversos tipos de poder que los cercan (patriarcal, político, religioso, médico, legal, discursivo) y el tenor de las distintas polémicas y mutaciones que lo tomaron como objeto. Un espacio en el que se exponen diferentes tipos de jerarquías, y un sistema de exclusiones e inclusiones cambiantes. Por supuesto, lejos estamos en este *dossier*, como puede apreciarse en los trabajos que lo componen, de la enumeración acrítica de estereotipos femeninos que cultivó una primera tendencia interpretativa conocida como “imágenes de mujer”, la que rápidamente demostró sus límites y su escasa adhesión en los contextos nacionales. Escenarios, más proclives a lecturas autorreferenciales, a detectar diálogos y

superposición de tradiciones o a realizar valoraciones contextuales con respuestas amarradas a la politización de voces, miradas y saberes, a sus formas plurales, dispersas y en conflicto. Hay una importante lista de críticos latinoamericanistas que fundaron las distintas capas de este campo ya sea con apuestas teóricas de revisión integral de sistemas literarios –como las de Jean Franco, Francine Masiello, Sylvia Molloy, Sara Castro-Klarén, Margo Glantz, Ileana Rodríguez o Doris Somers– o a través de estudios puntuales sobre determinadas escritoras, períodos o problemas. “Las tretas del débil” de Josefina Ludmer, por ejemplo, sentó los términos interpretativos de una lectura de la resistencia y la subalternidad, convirtiéndose en un modelo de análisis de política textual. La lista, sin duda e inevitablemente, es muy parcial. Pero basta saber que el campo se siguió potenciando con el surgimiento e intervención de nuevas generaciones de críticos y activistas que durante estas últimas décadas fueron descubriendo y considerando otros archivos literarios, visuales o testimoniales y habilitando nuevas polémicas y debates al interior de la crítica de género, revitalizados por la dinámica de los aportes teóricos y políticos que aportan los grupos de diversidad sexual. De esta manera se fueron construyendo otros pliegues de sentidos que atravesaron interpretativamente zonas de la literatura argentina, por ejemplo, a través de las figuras de la cicatriz o el exterminio como los libros de Daniel Balderston (*El deseo, enorme cicatriz luminosa*, 2004) y Gabriel Giorgi (*Sueños de exterminio*, 2005).

Por otro lado, el desarmado del constructo metafísico alrededor del cuerpo de la mujer y sobre todo de la normativa de la heterosexualidad abrió una serie de rutas legales, políticas, estéticas y también teóricas que examinaron el uso de los cuerpos y su dimensión conceptual. Masculinidades, bisexualidades, homosexualidades, transexualidades, contrasexualidades se fueron revisando hasta llegar, en algunas formulaciones teóricas, a una puesta en cuestión de los límites, extensiones y problematizaciones de lo humano. Después de estos recorridos no es posible plantear un proceso unilateral ni evolutivo que vaya abandonando los mojones por donde una línea interpretativa previa deje lugar a la que le sigue. Tal vez todavía sea necesario poner en marcha fibras de imaginación crítica a través de la construcción de museos virtuales feministas con imágenes de mujeres y otras elaboradas por ellas que dialoguen con los entramados políticos, los traumas históricos y los diversos registros de la memoria, como propone Griselda Pollock (2010). Tal vez, incluso, aún haya que responder con diferentes lecturas a una de las tantas vibraciones contemporáneas de un presente nefasto que nos obligue a volver a mirar en los textos de la cultura de las diferentes épocas las variantes retóricas que dieron forma textual a variadas operaciones de sometimiento de los cuerpos convertidos en cadáveres de mujeres. O analizar cómo los guiones estatales se imbrican literaria e históricamente para catalogar y exterminar cuerpos que considera abyectos sobre ellos construir un universo abierto de sus ficciones, como observó Giorgi en *Sueños de exterminio*.

Es cierto que la dispersión del activismo y de las políticas de género no implican una superación en cascada de desigualdades, tampoco suponen una modalidad crítica particular identificatoria de cada una. No hay un antes o un después de la crítica de género sino un estar, antes y ahora, en la oscilación de los significados que se dirimen entre posiciones, en el reporte oblicuo que no fija identidades sino que las intensifica incitándolas o las problematiza desplazándolas. Así, el género se devela como un punto de cruce e inestabilidad de elementos que conviven a la par, aunque no necesariamente de manera pacífica sino en estado de convulsión; elementos que, como sostiene Eve Kosofsky Sedwick (2003) buscan la identificación, la atracción, que se repelen y rechazan, que atienden a la diferenciación o el desacuerdo. Su propuesta, junto con las de Teresa de Lauretis, Judith Butler, Rosi Braidotti, Donna Haraway o Elizabeth Grosz, de fuertes inspiraciones literarias o ficcionales y de valientes entrecruzamientos entre filosofía y literatura o política, estética y psicoanálisis, llevan adelante un programa teórico renovador que estimula traslados y modos de circulación diferentes de los conceptos, las ideas, los cuerpos, las formas de transmisión de afectos y saberes. Pero no importan en tanto circulaciones académicas sino, sobre todo, como desafíos teóricos que al ponerse en contacto con tradiciones y retóricas locales potencian las preguntas sobre las posibilidades estéticas del género y los montajes políticos de los textos de la cultura.

En este contexto y considerados en su conjunto podríamos pensar que los artículos que integran este *dossier* organizan un estado actual del arte de los “estudios de género” en su articulación literaria; es decir, dan cuenta de la diversidad de usos del concepto como una herramienta teórica para interrogar a la literatura. En el teatro que arman vuelven sobre una serie de preguntas y respuestas sobre sexualidad y textualidad que no siempre son explícitas pero que palpitan como un trasfondo implantado y retomado silenciosamente. En tanto apuesta y réplica dan cuenta de una actualización, de una contemporaneidad manifiesta que vuelven a expresar en sus apropiaciones la ausencia de uniformidad y homogeneidad de las preguntas. Porque, como ha señalado la historiadora Joan Scott (2009), el género solo puede formularse como pregunta y responderse, agregamos, en contextos de lectura e interpretación de corpus específicos.

Los artículos aquí reunidos, como es de esperar, remiten a temáticas e intereses heterogéneos: Paula Bertúa se ocupa de explorar los viajes intelectuales y políticos de María Rosa Oliver y sus apuntes marginales y misceláneas escritas en un periódico de entretenimiento *Corriere del Mare*, o la publicación de sus discursos radiales durante las décadas conflictivas de los treinta y los cuarenta mientras que Lucía De Leone coloca en el centro del análisis la singularidad de un libro como *El país del humo* de Sara Gallardo para proyectarlo hacia el conjunto de la obra de esta escritora con nuevas resonancias de significación. De este modo, vuelve a sopesar un archivo de autora y justifica de otra manera las imaginaciones

públicas de las que esa autora fue objeto y sus posibles relaciones con otras propuestas literarias.

El amor y el erotismo se trenzan como un suelo teórico y un armado crítico para pensar la poesía de Marosa Di Giorgio en el artículo de Rosana Guardalá, mientras que Laura Arnés propone una geografía literaria, la de algunas zonas de la literatura argentina, para problematizar el orden de los cuerpos humanos y textuales y revelar su quebrada y discontinua inteligibilidad. Si la crítica puede funcionar como (re)flexión del género, según la denominó Sylvia Molloy, permitiría auscultar y “liberar” zonas poco exploradas. Y es allí que aparecen las ficciones lesbianas, “narraciones dispersas e intermitentes” que resultan productivas y susceptibles para indagar cómo los mecanismos retóricos son teñidos de sentidos políticos, históricos y culturales cuando se los analiza engarzados en las relaciones personales, literarias, intelectuales, de traducción e intercambio de la cultura argentina y que Arnés analiza en la revista *Sur*.

Por otro lado, la puesta en escena de la relación entre enfermedad y escritura dirime los términos de una arquitectura de los afectos y de su supervivencia en el análisis del texto de Hervé Guibert, *Citomegalovirus. Diario de hospitalización*. La flexión del género como crítica revela, así, otro giro posible que Javier Gasparri ensaya cuando compara escrituras a través de la idea de un ejercicio de control sobre la materia verbal que se parangona con el control de la enfermedad. Novela o diario; ese otro para quien se escribe exige imaginariamente emplazamientos y manipulaciones que se

cuentan como tiempo convirtiéndolo en un problema narrativo ya sea porque inevitablemente se depone frente a la inminencia de la muerte o, mejor, porque, como enemigo del cuerpo, confraternice con él para lograr una escritura póstuma.

Por último, una lectura sobre los anudamientos entre animalidad y sexualidades *queer* que configuran epistemologías del cuerpo y de lo viviente le permite a Gabriel Giorgi volver a Puig, Noll o Copi para analizar las disimetrías entre cuerpo deseante y norma de lo humano.

Pero, más allá de las diferencias, hay algo que se devela común: la crítica desde el género como una vuelta a leer los mismos textos desde perspectivas que permiten mapear sexualidades, cuerpos y deseos normativos de otra manera; la crítica como una puesta en marcha de operaciones donde los temas cristalizados se movilizan frente a nuevos contactos y preguntas (el amor y la transgresión en tanto conocidas adherencias de lo femenino son resignificados desde los versos de Marosa Di Giorgio); la crítica como placa de ajedrez que recoloca aquellas piezas que no habían salido a la luz y que ahora pueden ser ligadas con determinadas urgencias políticas (como las actuaciones y viajes de María Rosa Oliver) o, incluso, como sistema valorativo que habilita la lectura de textos postergados y también el redireccionamiento de tradiciones.

Todos los trabajos del dossier retienen algún instante marginal de autorreflexión acerca del origen y destino de una escritura que las instituciones (llámense familia, crítica literaria, universidad) y sus aparatos de valoración no renuncian a disciplinar. Lo que se

interroga es el atributo de femenina asociado a un modo de escribir: ya sea porque se acentúa o degrada alguna marca de estilo para mimetizarla con un sujeto externo o porque una determinada inscripción de tonos o de intensidad corporal se permite burlarla o situarla como “extraña”. Lo femenino acecha como una virtud que es mejor perder, como un horizonte esperable del relato gay, como “algo que no encaja ni en la heterosexualidad ni en la especie humana y que las amenaza” dice Giorgi en su texto. Lo femenino como fantasma, como experiencia del cuerpo y de la escritura, es signo cambiante, ambiguo y proliferante. Del mismo modo lo son otras sexualidades, que resisten a la clausura de las identificaciones.

Los imaginarios que se ponen en movimiento en su transcurrir por estas escenas y entramados literario-culturales deliberan sobre la legalidad de los géneros (ya que lo femenino siempre es relacional) o las instancias donde los géneros buscan dirimir sus posiciones ante la ley. Es decir ante la ley del género o ante las normas de lo escrito que los textos analizados dibujan y desdibujan y que se inscriben y reescriben en sus diferentes formatos y en sus articulaciones situadas con las diferentes formas de poder. Es allí, en ese pararse “ante la ley” que, sabemos, puede incluir la prolongación inútil de la espera como en el relato de Kafka, donde esas leyes de lo escrito se entremezclan con las normativas sexuales para deconstruirse en mutuo desacuerdo. Para decirlo en otros términos, las críticas del género, como las que aquí presentamos, siempre traban relaciones que tensan los sentidos producidos por la

misma articulación: la que liga las políticas de escritura y de lectura con las políticas de género.

Bibliografía

Delfino, Silvia y Rapisardi, Flavio (2009). “Cuirizando la cultura argentina desde la Queerencia”. *Ramona* 99: 6.

Kosofsky Sedwick, Eve (2003). *Touching feeling, affect, pedagogy, performativity*. Durham-London. Duke University Press.

Molloy, Sylvia (2000). “La flexión del género en el texto cultural latinoamericano”. *Revista de Crítica Cultural* N° 21.

Pollock, Griselda (2010). *Encuentros en el museo feminista virtual*. Madrid. Ediciones Cátedra.

Richard, Nelly (2009). “La crítica feminista como modelo de crítica cultural”. *Debate feminista* Nro. 40: 75-85.

Scott, Joan (2009). “Preguntas no respondidas”. *Debate feminista* 40: 100-110.

Versión digital: www.celarg.org